

LA PARASITOLOGIA VETERINARIA EN LAS OBRAS DE
ALBEYTERIA Y AFINES. II. FRAY MIGUEL AGUSTIN
S. XVII - XVIII)

M. CORDERO DEL CAMPILLO * y F. A. ROJO VAZQUEZ **

* Facultad de Veterinaria de León.

** Facultad de Farmacia de Salamanca.

Al Prof. Dr. Diego Guevara Pozo,
que ha compatibilizado ejemplar-
mente ciencia y humanismo.

SUMMARY

Fray Miguel Agustin's work *Libro de los secretos de Agricultura*, etc., which was published in Perpignan (France) in 1717, is discussed from the point of view of Parasitology.

Among other diseases which appear to be well known by laymen in those days figure both quartan and tertian malaria fevers, babesiosis and coccidiosis of cattle, noseamosis of honey-bees and pebrine of silkworm.

Worms parasitizing man (probably *Enterobius* and *Ascaris* spp.) *Neoscaris vitulorum* of calves and unidentified ascarids of dogs and kestrels are taken into account. Swine cysticercosis is comparatively well described, including its diagnosis by examination of the tongue. Leech infections in cattle also appear among parasitoses mentioned.

Mange in man and some animals (cattle, equines, dogs) is described, but no mention of the etiologic agent is included. Fleas as parasites of humans and dogs, and mallophaga and siphunculata lice are given considerable treatment, although no clear differentiation between both types of lice is established. Moths scavenging in nests of bees are also mentioned.

This book, written for laymen, may be used as a source of information to evaluate the medical and veterinary knowledge of plain farmers at the time. Falconry seems to have been a common practice in the area, as may be suggested by the frequency of references to kestrels.

RESUMEN

Se discute, bajo el punto de vista de la Parasitología, el trabajo de Fray Miguel Agustín, titulado "Libro de los Secretos de Agricultura, etc.", que fue publicado en Perpignan (Francia) en 1717.

Entre otras enfermedades que parece eran bien conocidas por los profanos en aquellos días, figuran las fiebres terciana y cuartana de la malaria, babesiosis y coccidiosis del ganado, nosemosis de las abejas y pebrina de los gusanos de seda.

Se tienen en cuenta los gusanos parásitos del hombre (probablemente especies de *Enterobius* y *Ascaris*), *Neoascaris vitulorum* de vacas y ascáridos no identificados de perros y cernícalos. La cisticercosis suina está comparativamente bien descrita, incluyendo su diagnóstico por examen de la lengua. Las infecciones por sanguijuelas también aparecen entre las parasitosis mencionadas.

Se describe la sarna en el hombre y algunos animales (ganado, equinos, perros), pero sin mencionar el agente etiológico. Se dedica considerable atención a las pulgas parásitas del hombre y perro, y a los piojos y malófagos, aunque sin hacer una clara diferenciación entre ambos tipos de piojos. También se mencionan las polillas de las colmenas.

Este libro, escrito para profanos, puede ser usado como fuente de información para evaluar el conocimiento médico y veterinario en aquellos tiempos. La cetrería debió ser una práctica común en el área, como se desprende de la frecuencia de referencias a los cernícalos.

Hay en las obras de Albeytería todo un tesoro de conocimientos parasitológicos, que nos hemos propuesto ir desvelando poco a poco, como contribución al conocimiento de la historia de las ciencias médicas en España, en particular referidas a la medicina animal. Existen análisis históricos, como la obra de SANZ EGAÑA (1941) y de la de PALAU CLAVERAS (1973), pero en ellos solamente se aborda de modo bibliófilo el tema. Lamentablemente, no son muchos los científicos que tienen afición a la historia y aun son menos los que están decididos a "perder su tiempo" (?) en tamañas empresas. Tras el trabajo publicado sobre BALTASAR FRANCISCO RAMIREZ (CORDERO, 1976), damos a la luz el estudio de la obra de Fray MIGUEL AGUSTÍN, titulada *Libro de los secretos de Agricultura, casa de campo pastoril, etc.*

Fue nuestro fraile "pior del Temple de la fidelissima Villa de Perpiñán, del Orden y Religión de San Juan de Jerusalén", según reza la primera página de esta obra, inicialmente escrita en catalán, cuya edición castellana aparece con fechas con-

fusas. Efectivamente, en el prólogo figura 1617, con evidente error, mientras que se dice en la portada que el mismo autor la "sacó a luz el año de 1717". Por si fuera poco, esta edición —aceptando como buena la referencia de la portada— fue publicada en Barcelona, en la imprenta de los herederos de Juan Jolis, de la calle de los Algodoneros, y tenemos noticia de otra edición, aparecida en 1703 en Zaragoza, "a cargo de Pasqual Bueno", gracias a un catálogo de la Librería Puvill, calle Boters núm. 10, de Barcelona. Los comentarios que vamos a hacer se basan en la edición barcelonesa del texto castellano, que aparece en cuarto y tiene 512 páginas.

El autor confiesa su inclinación a la agricultura, en la que ha adquirido experiencia porque los ratos "desocupados de los negocios de mi Iglesia" le han llevado a recopilar cuanto ofrece al lector en este curioso libro, donde se mezclan las observaciones moralizadoras, propias de su condición sacerdotal, con las recomendaciones relativas a los problemas agrícolas y ganaderos más dispares, con los que se enfrenta a diario el campesino con pretensiones autárquicas.

El libro I está dedicado a definir las condiciones ideales de la familia campesina, con la jerarquización debida entre sus miembros y la adecuada atención a la moral y buenas costumbres, en particular las relativas a la honestidad, a las que dedica especial tratamiento.

En el libro II estudia los frutales, prados, pastos y plagas de unos y otros. Las viñas, los vinos y derivados, con curiosas ilustraciones de muy diversos modelos de alquitaras, se estudian en el libro III. El emplazamiento y construcción de la casa de campo se exponen en el libro IV y, por fin, en el V (que solo aparece en las ediciones en castellano), se refieren datos sobre cría y adiestramiento de perros de caza, práctica de esta actividad, de la pesca y varias otras curiosidades. Tienen también las ediciones castellanas un vocabulario en seis lenguas, romances y clásicas.

Con independencia de la experiencia personal del autor, las fuentes que cita no son precisamente muy actuales, pues aparecen los inevitables VARRON, COLUMELA, CICERON, con LUCAS DE LA PEÑA y pocos más. Entiende que está algo más alejada de sus inquietudes la medicina animal, por lo que remite a quien "más cumplidamente trata de Albeytería, Publio Vegecio..."

Esta obra, fechada entre los años 450-510 d. J. C., se editó en el siglo XVI en inglés, francés, alemán, italiano y, por supuesto, latín (*Artis veterinariae sive Mulomedicinae Libri*), aunque no faltan autores que consideran que fue una posible invención (BRESSOU, 1970).

Aparte de curiosas tablas para conocer la fertilidad de los años agrícolas (pág. 496), detenidas observaciones sobre problemas zootécnicos y agrícolas y varios más, merecen intensa consideración los capítulos dedicados a la lucha contra las plagas del campo, ya sean las orugas de los huertos, ya los "piojos" de las vides y, sobre todo, las páginas dedicadas a la destilación en complejísimos alambiques y baños-maría, más las que emplea para describir las virtudes de las aguas destiladas de hierbas (págs. 245 a 259).

De las enfermedades de los animales, está claro que tiene nociones ciertas de la contagiosidad de algunas afecciones y de las medidas aplicables a impedir su difusión, pues, describiendo la patología de la oveja (pág. 359) afirma: "una (oveja) inficionada de esta enfermedad, inficiona y apesta todas las del rebaño, si no la apartan, y entonces conviene hacerlas mudar de ayre, y de establo, y en este interin hacerles limpiar el establo, y refrescar con paja nueva en bastante cantidad, y zahumarle muchas veces con tomillo salsero, poleo, mejorana, albahaca y otras yerbas olorosas". Sin relacionar para nada el conocimiento de las fermentaciones con la producción de enfermedades, se ve que conoce la acción de las levaduras, pues indica (pág. 209) que "el vino no se gastará en la cuba, poniendo en él aceyte, u otro licor, y si se ha empezado a gastar, se conservará sin gastarse más; porque todos los ayres, que pueden corromper el vino, el aceyte los echa fuera".

Cierta noción de la medicina preventiva se encuentra en la recomendación que hace (pág. 315), "siguiendo a los antiguos", de que se purgue el ganado vacuno "cada fin de las estancias de todo el año".

No es muy afortunada la descripción de las causas de enfermedad, atribuidas a "mal temperamento y disposición del ayre", aunque concede gran importancia a las condiciones ambientales, ya que piensa que son muy probables a seguido de primaveras lluviosas, o cuando también llueve mucho en verano y hay "calores vehementes" y sin viento, o con el viento

del mediodía. Por supuesto, la luna juega un papel importante (pág. 9), no sólo en la capacidad reproductora de los animales (¡no cubrir las yeguas en menguante!), sino en el curso de algunas enfermedades (los caballos mejoran de sus padecimientos oculares en menguante, agravándose en creciente y llena. Tampoco conviene pescar en menguante). También Saturno desempeña algún papel abiótico, pues "prohibe la generación de los gusanos", según ya dijo CARNADO (pág. 15).

En un intento de ayudar al campesino "a que pueda ser Albeytar", aporta sendas imágenes de una res bovina y otra caballar, con líneas indicadoras de las partes que pueden enfermar, recomendando los remedios correspondientes.

LA PARASITOLOGIA EN LA OBRA DE FRAY MIGUEL

Los problemas patológicos de cada especie son abordados con independencia, tanto los de los animales, como los de los vegetales. No obstante, seguiremos un criterio etiológico, para deducir, a través del autor, cuáles eran los conocimientos de los prácticos de la época.

Protozoosis

Por supuesto, conoce el paludismo, diferenciado en sus manifestaciones periódicas, cuartana y terciana, de otras fiebres de carácter continuo. Como remedio eficaz (pág. 33) para "la calentura quartana, y aun quotidiana" recomienda las salvia menuda y común, a las que tradicionalmente se atribuyeron grandes virtudes, en particular febrífugas. Pero, caso de no hallarlas, cree que pueden substituirse por hisopo, ajenjos, peregil, hierbabuena, la artemisia (precisamente una de las plantas tradicionales de la farmacopea de aplicación veterinaria: recordemos que en la *Mulomedicina Chironis*, cuando la diosa Artemisia enseña al centauro, le entrega un ejemplar de esta planta y le dice: *Morborum te causa et signa docebo*) más trébol con manchas blancas, "todo ello picado y mezclado con olin (*sic*) más grueso del que hubiere en la chimenea, más vinagre muy fuerte, preparando emplastos pequeños para aplicar a los pulsos de los brazos". También asegura que da buenos resultados el "tomar migajones de dos panes blancos calientes"

según salen del horno, puestos con vinagre y destilados en alambique, dándole a beber al enfermo de dicha agua "dos onzas, dos horas antes de que le venga la calentura", lo que implica un conocimiento de los ritmos febriles. Otros remedios contra la cuartana, igualmente arbitrarios, eran el zumo de verbasco puesto en vino blanco y "bebido poco antes del exceso", el zumo de fárfara "por otro nombre blatania", la decocción de "tamarisco, fresno betónica, tomillo salsero, agrimonia y raíces de espárragos, cocido todo con vino blanco". Asimismo, el zumo de ajenjos y de ruda, dejándolos clarificar y bebiéndolos también "antes del exceso", o el zumo de llantén bebido con "idormiel". Todavía más pintorescos son el unguento de aceyte de alacranes, puesto en el espinazo y pulsos, antes del exceso" y el "aceyte de laurel, que tiene la misma virtud" (pág. 33-34). La universalmente celebrada leche de burra, también es útil destilada con igual cantidad de vino, al decir de muchos médicos de la época.

Curiosamente, la terciana tiene un tratamiento específico, a base de raíces de monaza, calientes y puestas en vino blanco, por espacio de tres o cuatro horas, colando posteriormente con un paño y conservando por espacio de dos o tres días, dándosele al enfermo una o dos horas antes "de la fuerza de la calentura terciana". Con tal arsenal asegura que "se quitará", aunque indica que algunos médicos prefieren administrar en ayunas dos onzas de zumo de granadas, ungiendo luego "los pulsos y plantas de los pies con un poco de unguento de pupuleón, con dos dragmas de tela de araña, y tenerlo así hasta que pase el rigor de la calentura". Según el fraile, todavía otros galenos prefieren el "ungüento de lombrices, y unto de ganso, con que les ungen la frente y pulsos antes de la calentura". No debe estar muy satisfecho el autor con tales "remedios", porque añade a la compleja lista "la raíz de llantén picada, bebido algo antes de la calentura, el zumo de verdolagas y el de "pempinela" (pág. 33).

Del ganado vacuno conoce la hematuria (¿hemoglobinuria?), pues menciona que "cuando mean sangre se les debe dar a comer llantén y aceyte bueno; después tomar tartar en polvo, y coloquíticas destempladas con vino tinto, y claras de huevos, y las hareis beber con la corna; y si el mear sangre no va cesando dentro de veinte y quatro horas se morirá" (pág. 319). A

caso se engloben en este cuadro las babesiosis, relativamente frecuentes en la zona catalana donde escribe nuestro fraile. Una posible alusión a la babesiosis equina aparece en la página 345, cuando recomienda: "para qualquier animal que orine sangre lo remediareis haciéndole sangrar de la vena superior, y después tomareis raíces de la yerva gamón, y la picareis".

La coccidiosis bovina puede mencionarse en la pág. 321, pues dice que las reses pueden tener "fluxo de vientre, que algunas veces viene a echar sangre, y lo debilita mucho". Como terapia recomienda la supresión de la bebida durante cuatro o cinco días y dar "granos de passas, puestas en infusión de buen vino tinto, o nueces de galas, y de cyprés, con queso añejo, destemplado con buen vino y por último, remedio se havrá (*sic*) de cauterizar en medio de la frente" (!).

De las abejas, aparte de una descripción de lo que puede ser la loques europea, posiblemente conozca la nosemosis, cuando menciona que estos insectos "son molestados del fluxo de su cuerpo en el tiempo de la Primavera, quando la lechitresna florece, y el olmo produce su simiente, de que comen codiciosamente", aunque la atribución a la alimentación es clara.

En cuanto al "gusano" de seda, a quien también dedica varias páginas, conoce la pebrina, puesto que afirma que "si huviere (*sic*) algunos que están tocados de un color colorado, o rojo, y que tuvieren encima del vientre cierto humor, que les baña, conviene sacarlos presto de entre los otros, y a la mañana, antes de que el Sol salga, poner los sanos en el ayre".

Helmintosis

Los gusanos "que suelen tener los niños" (enterobios y áscaris) se eliminan "haciendo que beban zumo de yerba buena y albahaca, y de verdolagas, y de ruda, aplicando encima del hombligo (*sic*) un emplastro de agenjos, abrotano y la hiel de buey" (pág. 39). En cambio, las lombrices bovinas se eliminan con "ceniza de oliva, o polvo de axenjo secos, juntamente con el grano de altramuces crudos, y de centaurea, tanto del uno, como de los otros, con dos onzas de simiente de rábanos, cuernos de ciervo una onza, con vino blanco, se lo darán por espacio de tres días, tres veces al día, y el día siguiente de los tres, le hareis una ayuda, o medicina de decocción de axenjo y ruda,

y añadiréis hiel de buey y una onza de aloe". Para las lombrices de los perros conviene hacerles "una bebida de decocción de axenjo, abrotano, rasura de cuerno de ciervo, o hacerles beber pildoras, compuestas de cuerno de ciervo, y de azufre, aloe y zumo de axenjo" (pág. 422). Para las lombrices del cernicalo (pág. 469) "conviene poner encima de la comida hojas de duraznos". Evidentemente, la terapia contra nematodos no estaba muy avanzada, pues ni siquiera se utilizan racionalmente algunos antihelmínticos de origen vegetal.

La cisticercosis porcina no debía ser rara (pág. 350-351) y recibe el nombre de "lepra", como ya aparece en los clásicos griegos (ARISTOFANES, 450-385 a. d. JC. menciona en su comedia *Los caballeros* este padecimiento, lo mismo que ARISTOTELES, 384-322 a. d. JC repite en el cap. VIII de su *Historia de los Animales*), asegurando que los animales parasitados son "muy ruin comida". La frecuencia de la parasitosis debía ser considerable, pues nuestro fraile asegura que "es causa de que en mercados y ferias se les reconoce la lengua (subrayado nuestro) y la oreja derecha" (!!). Considera que es enfermedad muy difícil de sanar, pero cree que les "aligerará mucho" si se les limpia cada día la pocilga, dejándolos hacer vida libre, bañarse, revolcarse en agua del mar o salada etc. Insiste nuevamente en las señales para reconocer esta "lepra" afirmando que "debaxo de la lengua se les hacen granitos pequeños" (¡los cisticercos!), aunque luego mezcla confusos síntomas, tales como el aspecto "sanguinoso" de la raíz de los pelos que se arranquen del lomo. Pero conoce que las carnes cisticercosas pueden ser nocivas para el hombre, puesto que estima que, en tales casos, el animal "puede ser mal sano", con "algún vicio entre piel y carne", por lo que no recomienda pelarlo en agua caliente, sino quemarlo con pelos y con paja (!!).

Entonces, como ahora, en las zonas mediterráneas debían ser frecuentes los parasitismos por sanguijuelas, pues dice que si el buey "bebiendo hubiera engullido alguna sanguijuela, y se le hubiera quedado en la boca, o garganta, se la hareis caer, dándole en la boca aceyte tibio; y si estuviere puesta en el estómago, la haveis de infundir vinagre" (pág. 318). Para la oveja (pág. 361) el remedio es "ponerles vinagre fortissimo y caliente y ajo en la boca".

La sarna ocupa amplios espacios en todas las especies. En el hombre (pág. 46) "habeis de curar la sarna tomando terfentina de Venecia dos partes, y la lavareis con agua fría, quatro o cinco veces; y si fuere con agua rosada, será mejor; después con manteca fresca, y una yema de huevo, y el zumo de una naranja agria, de todos hareis un unguento, y la untareis delante del fuego. También es bueno tomar un poco de estoraque líquido, y otra tanta de manteca de puerco, todo mezclado, y con esto untareis las manos, y con ellas la sarna del cuerpo, tres o quatro noches" (pág. 46). En este mismo capítulo y página diferencia la tiña humana de la cabeza. Otro remedio antisárnico es el agua de tabaco o "nicociana" (página 260).

Para la sarna bovina aconseja "fregarla con sus propios meados, con ajos picados, axedras, azufre, vinagre, con nueces galas picadas, y zumo de calamento de gordura" (pág. 323). En otro lugar el remedio es la friega con sal, mezclada con harina de trigo puro.

Para la sarna equina propone la sangría local, en la zona donde aparezca la enfermedad, así como purgar con "polvos de raíces de cohombro amargo, mezclados con salitre y éste infuso con vino blanco, el qual medicamento a menudo usado, purga el mal humor". Al exterior "azufre vivo, pez gorda, vetun (*sic*) de Judea, dicho *asfaltus*, mezclado y desecho todo con manteca salada de fresco, y con este unguento fregareis el animal por todo el cuerpo en el sol más ardiente. La yerva verdegambre, cocida con aceite, es un remedio exquisito para esa enfermedad. Advertid que todas las unciones y fricciones se deben hacer fregando y ungiendo el animal siempre a contra pelo. También es bonissimo remedio para la sarna quitar el pelo y sarna, hasta la sangre del lugar sarnoso, y después lavarle con legía hecha de una parte de cal viva, dos partes de harina de habas, y tres partes de ceniza de fresno, y todo no cocido, sino puesto en infusión; después que fuere lavado con dicha legía, conviene ungir las partes con unguento hecho de azogue, y verdegambre, azufre, alumbre, fáfara, y gordura de puerco" (pág. 341). Como vemos, desconociendo la existencia de los ácaros —pues no los menciona, pese a los antecedentes

árabes sobre ellos en España, ABENZOAR, por ejemplo (1162) cit. por DIAZ-UNGRIA (1947), y a que ya se había publicado la obra de F. REDI (1648) (cit. de DIAZ-UNGRIA, *ibid.*)— pero si demuestra alguna información sobre los efectos de la insolación, la conveniencia de eliminar costras, el papel favorable de las lejías y la actividad de azufre y otros preparados. De todos modos, no tiene un sentido unitario de los agentes causales, puesto que, para cada especie animal, como hizo al tratar de los helmintos, aconseja remedios diversos. Así, para la sarna de los asnos recomienda “poner encima harina de ordio y abrir la apostema”. Y cuando afecta al cuello el remedio será fregar con sal mezclada con harina de trigo puro (pág. 351). Para la sarna ovina el remedio será la mezcla a partes iguales de azufre pulverizado y “flores de todos los meses”, junto con “clara de huevos duros, canfora y cera, para hacer el unguento”. Al final del tratamiento recomienda lavar con lejía o agua de mar, o salmuera y la última vez con agua corriente (pág. 359). Habla de una sarna ocular (?) de la gallina, pero suponemos que se refiere al coriza o a la forma ocular de la difteria: el remedio es agua de verdolaga, o leche de mujer (?) (pág. 371). Por fin, la sarna canina y “el fuego volante y desuello de la piel de los perros” cree que se alivia con aceite de nueces, grasa de cerdo y vinagre, poniendo todo a hervir hasta la reducción a la mitad del volumen del vinagre. Una vez conseguido esto, añadir pez o resina, pez común, cera y derretir todo, en cuyo momento se añade azufre, vitriolo y verdegambre para hacer el unguento. Terminado el tratamiento, el convencional lavado con agua y sal.

Las pulgas humanas debían abundar y, como sucedía con la pulga de La Chelito, la *cupletista* de los tiempos juveniles de nuestros padres, tenían connotaciones sexuales. El buen fraile del Temple, preocupado por la curiosidad varonil por la secreta anatomía femenina, aconseja a sus doncellas que, cuando se quiten la camisa para perseguir a estas saltarinas, tomen precauciones: “si acaso alguna vez querrán reconocer las pulgas de la camisa, reconocerán primero bien todos los agujeros que pueda haver, hasta el de la llave o cerradura, no se pongan en derecho de alguna puerta, o ventana, por bien cerrado que sea”. Y siguiendo con su preocupación por los mirones “obsexos”, que podíamos decir, entiende que “mejor sería no hiciessen

esse ejercicio en esa forma, sino quando muden de camisa, entonces espulguen la que dexáren, porque siempre corren peligro de ser vistas" (pág. 26). ¡Altísima lección de moral y ejemplo de mortificación, la de preferir el tormento de las pulgas al riesgo de ser "ocasión de pecado".

Las pulgas caninas se eliminan con agua del mar o con "heces de aceyte viejo" (pág. 355) y las "pulgas secas y otros gusanos (*sic*) (¿malófagos?) y animalejos de los quales los perros muchas veces se cargan y principalmente con el grande calor" (pág. 421) se eliminan mediante abundantes lavados con decocción de berros silvestres, salvia, romero, ruda, parietaria y sal.

Los piojos del cernícalo (pág. 469) se tratan ungiendo la percha con "zumo de yerva mora, o de axenjo".

En los bueyes describe lo que los labradores llaman "tiña o ranilla", proceso entérico del que muchos mueren, atribuyendo la dolencia a que "les entran por el trasero los reznos y llegando a las tripas mueren infaliblemente, si no se les aplica remedio". Los ganaderos dice que los extraen manualmente del recto "antes que mucho se encarnen, que horadan las tripas", pero preventivamente recomienda "semen trigo limpio, y mo-jándolo con aceyte por espacio de un día, que se embeba bien de ello y dénselo a comer rebuelto con otras cosas, que con ello echará los reznos que tuviere; y si lo usaren una vez cada mes nunca tendrán semejante enfermedad, y purgan con ello; y esto es bueno para qualquiera otros animales" (pág. 322). Hay, pues, una confusión clara entre la tiña, la ranilla y el parasitismo por éstridos, de cuya penetración en el organismo tiene una idea confusa. También menciona los piojos bovinos, que elimina con friegas a base de "aceytunas del acebuche y sal; y también conviene quitarles la vexiga que tienen debajo de la lengua" (!!) (pág. 324). Como repelente, contra las moscas bovinas propone "aceytunas de laurel, y las haceis cocer con aceyte, y ungir los bueyes, y también si los ungis con su propia saliva" (pág. 324). Pero, para las que merodean en torno a las heridas prefiere "ungirlas con pez, aceyte, y gordura, mezclado". Para el caballo "de importancia" y mulas la unción será con "zumo de hojas de calabacera" (pág. 341).

Curioso el empleo terapéutico de algunos artrópodos. Cuando los caballos padecen retención de orina, aparte de otros

pintorescos remedios, aconseja "ponerles en el buche de la verga colirio de miel cocido con sal, o una chinche, o mosca viva, o pulgas, que también estén vivas" (pág. 344).

La gallina también está "sujeta a piojos, o gusanos, quando ella empolla (malófagos), cuyo remedio está en: estos "piojos y gusanicos conviene labarles (*sic*) con vino, cocido con comino, y la yerva estaphisagria, o con agua donde estén cocidos altramuces silvestres" (pág. 371-372).

Por último, la polilla de los abejares "que se concria de sus vasuras (*sic*), y las aflige, conviene hacerles zahumerio de ramos de granados, y de higuera selvática" (pág. 405).

Como conclusión, podemos decir que esta obra constituye un documento informativo de los conocimientos vulgares de la época, en el área catalana, y que el autor, más que contribuir con su experiencia personal, al menos en lo que se refiere a la medicina animal, ha compilado conocimientos dispersos, realmente poco especializado. Apoya este aserto la ausencia de citas de las obras de los albéitares del siglo XVII, como PARACUELLOS (*Libro de Albeyteria*, 1658), ARREDONDO (*Obras de Albeyteria*, 1661), GARCIA CONDÉ (*Verdadera Albeyteria*, 1684) y varios más. Extraña también la ausencia de la cita de DIOSCÓRIDES, cuya obra había traducido y editado A. LAGUNA (1511-1559) en Lyon, primero en 1554 y sucesivamente en varias otras ciudades (Amberes, Salamanca y Valencia), aparte de la edición de JUAN JARRAVA (1505-1560), de fácil manejo para los españoles (citas de GUERRA, 1973).

REFERENCIAS

- BRESSOU, Cl. (1970). *Histoire de la Médecine Vétérinaire*. Press Université de France, Paris, pág. 32.
- CORDERO DEL CAMPILLO, M. (1976). La parasitología veterinaria en las obras de Albeyteria. I. Baltasar Francisco Ramirez (s. XVII). *Anales de la Facultad de Veterinaria de León*, 22: 53-63.
- DIAZ UNGRIA, C. (1947). *Manual de Parasitología de los animales domésticos*. Espasa-Calpe, Madrid, 14-15.
- GUERRA, F. (1973). *La materia médica en el Renacimiento*. En: LAIN ENTRALGO, P. (Director). *Historia Universal de la Medicina, tomo IV, Medicina moderna*. Salvat Editores, S. A., Barcelona, 131-150.
- PALAU CLAVERAS, A. (1973). *Bibliografía hispánica de Veterinaria y Equitación anterior a 1901*. Facultad de Veterinaria y Fundación Valdecilla, Madrid.

SANZ EGAÑA, C. (1941). *Historia de la Veterinaria Española*. Espasa-Calpe. Madrid.

Nota final. Según reciente trabajo del Prof. José María López Piñero (*Ciencia y Técnica de la Sociedad Española de los siglos XVI y XVII*, Labor-Universitaria, Manuales. Edit. Labor, Barcelona, 1979, pág. 305) Miguel Antoni Agusti era dominico nacido en Bañolas en 1560. La primera edición de su obra —en lengua catalana— apareció en 1617 y se tradujo al castellano en 1625, alcanzando hasta nueve reediciones en total en uno y otro idioma.